

## CARLOS MELLIZO Y SU UNIVERSO POÉTICO

JUAN MANUEL ZULUAGA<sup>1</sup>

En sus años de retiro, Carlos Mellizo mantiene su mente creadora. Juega con las palabras, con el verso endecasílabo, con la melancolía. Producto de esa batalla con el papel en blanco, fue surgiendo en el período de un año el poemario *Ante la llegada y otros Poemas Prosaicos* (Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2018). La voz lírica concebida por Mellizo confecciona su quehacer en medio de la soledad de Wyoming, contrastando su situación actual con la vida que dejó hace casi cincuenta años, con esa porción de su existencia que tuvo lugar en un Madrid oscuro y totalitario marcado por las consecuencias de la Guerra Civil. Desde un presente vivido en una región enorme, extraña y apenas habitada, el poeta traza líneas nostálgicas para recrear lo que fue el tiempo perdido, pero sin renunciar al Wyoming en el que ha transcurrido gran parte de su vida y donde han nacido sus hijos.

*Ante la llegada* es la primera incursión de Mellizo en el campo de la poesía. El autor ha realizado una rigurosa selección para llegar al mazo de composiciones que aquí se ofrecen al lector. ¿Por qué titularlas *poemas prosaicos*?

En general, lo prosaico puede tener dos acepciones. Significa “vulgar” o “insulso”, pero también puede utilizarse para indicar que

<sup>1</sup> Comunicador Social y Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Magíster en Ciencias Políticas de la misma universidad. Magister en Artes y Literatura de la *Illinois State University*, donde también fue profesor de español. Actualmente es candidato a doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad of Missouri en la ciudad de Columbia.

una pieza ha sido escrita en prosa, o en un estilo próximo a ella. En el caso del presente poemario, el título está relacionado con esta segunda acepción. La poesía de Mellizo está emparentada con el movimiento representado por los poetas románticos españoles de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, a los que la crítica denominó prosaicos. Anteriores en su poesía a los movimientos vanguardistas iniciados en España por los autores de la llamada Generación del 27, los prosaicos usaban la rima, el ritmo, la musicalidad. Respetaban las formas métricas tradicionales y había en sus poemas un cierto tono narrativo, cosas que han desaparecido casi totalmente de la poesía contemporánea, en la cual las voces poéticas expresan sus sentimientos desde el versolibrismo y describen su ser y su entorno, no según versificaciones establecidas, sino utilizando nuevos recursos estéticos y retóricos de corte exclusivista, sólo accesibles a minorías.

Carlos Mellizo vuelve a las maneras tradicionales de poetizar. Sus lectores encontrarán ecos y reminiscencias de aquellos mundos literarios propios de autores como José Zorrilla, José de Espronceda, Bécquer, Ramón de Campoamor y el Antonio Machado de *Campos de Castilla*, en lo que puedan tener de prosaicos algunos de sus poemas. El autor recurre a la rima asonante y al verso endecasílabo –también, en ocasiones, al heptasílabo y el octosílabo– para poetizar la historia de su vida. Son versos que, condicionados por las exigencias de la métrica, narran una experiencia determinada, un suceso concreto. No se trata de poemas herméticos difícilmente descifrables. La voz poética es aquí portadora de un lenguaje claro, directo, que, sin recurrir a metáforas aventuradas y tropos improbables, comunica con claridad sus evocaciones sin que por ello se le reste calidad a los efectos.

Los poemas aquí escogidos pueden clasificarse en tres grupos diferentes. Están, en primer lugar, aquéllos que hablan del arte de poetizar y del oficio de escribir; hay otros en los que, con un deje de nostalgia, el poeta, ahora en Wyoming, rememora su pasado en la Península Ibérica; y, por último, los poemas que vienen a ser reflexiones filosóficas sobre la condición humana, pensamientos desacralizadores del mundo católico y burgués en el que tuvo lugar la infancia del autor, observaciones de sesgo nihilista acerca de la existencia.

Es habitual en algunos autores incluir en sus poemarios Artes Poéticas –poemas que expresan su propuesta y criterio de lo que ha de ser la poesía. Carlos Mellizo abre su colección con su Arte Poética propia. Para Borges (“Arte Poética”, en *El hacedor*, 1960), la poesía

es cíclica, va y vuelve como un eterno oleaje, es “inmortal y pobre”, y ante la ausencia de ideas originales, debe revelar el verdadero rostro del poeta y de las cosas, en medio de la realidad y los sueños. Para Vicente Huidobro (“Arte Poética” en *El espejo de agua*, 1916), el poeta debe actuar como un pequeño Dios, forjador de realidades nuevas y mundos nunca conocidos. Siguiendo las ideas borgeanas, para Mellizo, como leemos en su “Arte Poética”, la poesía se entiende como un procedimiento estético con el que se quiere llegar también a la verdad honda de las cosas. En oposición al creacionismo de Huidobro, para nuestro poeta el esteticismo no tiene mucha razón de ser y carece de valor permanente. En el poema inicial que abre la presente colección se renuncia a todo esteticismo sofisticado, se desea llegar a la verdad del orbe en el que discurre la vida del poeta, y ello de una manera clara, directa y prosaica. Es un acto lento, solitario, pausado. Puede surgir un día, para desaparecer al día siguiente por falta de inspiración.

En “Tentación de escritor”, el poeta reflexiona sobre su oficio. ¿Qué sentido tiene escribir y leer en esta etapa de su vida? A veces resulta preferible contemplar el cosmos, llevar una existencia sosegada, sin aventuras literarias de ningún tipo. La experiencia poética, al igual que la actividad amorosa, no es una actividad nueva, única. Ambas responden a hábitos ya sabidos, practicados por el género humano desde tiempos inmemoriales. Son inherentes a la condición humana. Es la eterna pregunta de escritores y enamorados: ¿Es válida su experiencia, al no ser original y al haber sido experimentada por millones de seres humanos? La voz poética indaga sobre el propósito de escribir cuando lo narrado ha sido ya descrito infinitamente por otros. Pero es entonces, en medio de esa vida contemplativa y colmada de interrogantes, cuando surge de nuevo la tentación de volver tomar el lápiz y plasmar ideas en el papel.

Luego irán irrumpiendo los poemas dedicados al recuerdo. En “Mi infancia” discurren las imágenes contrastadas de un niño que habita en el seno de una familia madrileña privilegiada, rodeada de un espacio empobrecido durante los años del hambre posteriores a la finalización de la Guerra Civil. El poeta confronta el ambiente burgués familiar al que perteneció, con la sumisión, obediencia e inferioridad de las empleadas domésticas del hogar. Puede observarse en el poema una crítica implícita a una situación injusta, en la que la familia no padece las necesidades que sufren quienes están a su alrededor, y un

sentimiento de culpa frente a la desigualdad socio-económica entre vencedores y vencidos.

Ese mismo sentimiento también está presente en “*La Pérgola*”, pero en este caso la culpa opera desde un ámbito más complejo. El autor no vivió la contienda que sacudió a España entre 1936 y 1939. La culpa se cierne, pues, sobre las generaciones enfrascadas en la lucha. El hecho de comunicarla es un mecanismo de catarsis, una depuración de sí mismo, una suerte de purgatorio en el que el poeta queda más limpio al confesarse ante el lector. La quinta veraniega llamada *La Pérgola* es un símbolo del poder de los triunfadores derechistas de la pugna, sobre los derrotados republicanos; un espacio real, pero absurdo al mismo tiempo, fuera de lugar. Mellizo reconstruye esa *Pérgola* ubicada en un pueblo de la sierra de Guadarrama, región golpeada por los fragores del combate. Un lugar majestuoso, propiedad de los vencedores, situado en el corazón mismo de la paupérrima aldea. Su presencia allí resultaba disparatada. Estaba rodeada de pobreza y de gentes miserables que habían perdido la guerra. No tenía sentido que estuviese allí. Quizá hubiera resultado menos absurda si se hubiese construido en la zona residencial, donde estaban las demás quintas de verano de las clases pudientes, en las afueras. Pero *La Pérgola* estaba en el centro del pueblo, y en ella los niños pudientes jugaban sin descanso.

En “Fiestas de familia” surge la figura del padre, no como vencedor, sino como vencido –en este caso por las circunstancias. El poeta recuerda al progenitor, vencido ideológicamente en la contienda, animando las fiestas familiares sentado al piano, tecleando alegres compases. Los hijos lo acompañan en su soledad, en su derrota. Las fiestas familiares se presentan como un paréntesis feliz en medio de las contrariedades y sufrimientos cotidianos: enfermedades, apuros económicos, posibles infidelidades. El tiempo se detiene y todos hacen por ignorar, guiados por el padre, el horror circundante.

“Castelló 42” retrata la casa de la infancia del poeta. Era un edificio de pisos en el tradicional barrio madrileño de Salamanca –entonces uno de los bastiones de la alta burguesía española. En este caso, la voz poética deja fuera el contexto social de aquella vivienda y fija su atención en lo que había en ella de íntimo y familiar, tratando de conservar las notas entrañables del hogar primero. Es algo que siempre pertenecerá al autor y no caerá en el terreno del olvido, quedando fijado en su mente creadora. Se evidencia en el poema una

paradoja existencial: la combinación de tristeza y alegría, de miedo y de ternura, sentimientos constantes en la infancia de todos nosotros.

En este poemario se describe también la vida escolar en los tiempos del franquismo. “Del colegio”, “Del Padre Cayo”, “Del profesor de canto” y “Rumiar eterno” son creaciones en las que se rememora el ambiente normativo y conservador de la institución católica donde se educó el autor. En estos versos tiene lugar la recreación literaria de personajes memorables de aquel entorno, tanto de hombres como de animales –como aquellos conejos que rumiaban verduras sin cesar y filosofaban intentando descubrir la verdad honda de las cosas. En su recreación poética, cobran nueva vida personajes de carne y hueso: el sacerdote que les enseñaba, al cual no le quedó otro remedio que pertenecer a su orden religiosa para obtener así el sustento diario, o el profesor de música y canto, de los que perdieron la guerra, que laboraba en el colegio para poder ganarse de este modo unas pesetas. Gran pianista de agudo talento musical, habría llenado salas de conciertos si su suerte hubiera sido otra.

No han de olvidarse los poemas en los que se reflexiona sobre el fin. En “Ante la llegada”, poema que da título al libro, el bardo advierte la aproximación de la muerte y vive una experiencia nunca afrontada: la vejez. Puede percibirse en estos versos un sentimiento de resignación ante lo poco que le queda de vida. Pero, a fin de cuentas, para el poeta el balance es positivo cuando se examinan todas las etapas por él vividas, incluida la edad otoñal. Hay aquí una invitación a sus descendientes para que éstos sigan adelante con sus propios proyectos cuando él haya cumplido con su viaje, su ciclo haya concluido, y esté ya a punto de arribar a un lugar indeterminado después del último trance. Ha sido éste un tema abordado por infinidad de autores, pero subjetivamente es para él una experiencia nueva y personal. Se recurre aquí a la figura del círculo, similar a los laberintos que Borges utilizaba en algunos de sus cuentos: cerrado, sin salida, sin escapatoria. Es el eterno retorno en el que todo vuelve a ser igual.

En el poema “Estar solos” está presente una suerte de agnosticismo frente a cualquier tipo de fe sobrenatural que permita tener plena confianza en un más allá después de la muerte. En el poema hay una ausencia total de Dios. Llega el fin de la jornada, de la brega; cae la noche, y el consuelo espiritual no se siente: Dios está ausente, no acompaña. Y cuando desaparece esta noción, al poeta le invade una absoluta sensación de soledad, y cree ser absorbido por la nada.

“Fiestas de guardar” desacraliza los ritos religiosos del catolicismo. Según siente el poeta en la soledad del campo, podrá darse un retorno a lo espiritual, una posibilidad de comunicación con algo divino. Pero no habrá una vuelta al rito. Para él, las liturgias, sacramentos y actos religiosos perdieron su sentido hace ya mucho tiempo. En “El amigo” se reitera esta imposibilidad de practicar nuevamente los ritos, y el poeta plantea la opción de sostener una conversación personal, íntima con esa potencia sobrenatural, pero sin practicar cultos, ceremonias y solemnidades. Sólo desea un diálogo lento, sin prisa, en el que la deidad le explique cómo ve las cosas, y en el que la voz lírica le cuente cómo ella las percibe.

También de corte existencial es el poema titulado “Ignorancia feliz”. Se trata de una curiosa propuesta: frente a la pérdida de los seres queridos, ante ese interrogante que aguarda a los mortales después del fin, es preciso vivir en un alegre desconocimiento. El poeta sugiere la alternativa de acogerse a la ignorancia como modo de salvación, en clara conexión con la premisa de Blaise Pascal, es preciso embrutecerse. Se hace imperativo entorpecerse y no darse cuenta de lo que está pasando.

“Cuando me hablan de niños en Nepal” presenta un inventario de tragedias, tanto naturales como provocadas, sucedidas en países de marcada pobreza. El problema a resolver es el de la indiferencia ante esos cataclismos. Puede ser la indolencia de los seres humanos que no se apresuran a auxiliar a sus semejantes, o puede ser también la impasibilidad divina frente al sufrimiento de las víctimas. En estos versos se remarca la idea de que no hay nadie que se preocupe —ni dioses, ni hombres— por los que padecen.

“Madrid ahora” le permite al poeta contrastar la capital española —aquella que abandonó 50 años atrás, oscura y vigilada— con la urbe cosmopolita y moderna de la Unión Europea que hoy es Madrid, y que él de cuando en cuando visita desde los Estados Unidos. La voz poética, después de estar alejada durante tantos años en una realidad tan diferente, en suelo norteamericano, y luego de tantos cambios sociales y políticos, llega a visitar su ciudad de origen y no se identifica con ella. Los referentes urbanos siguen ahí: La Cibeles, la Plaza de Neptuno, El Retiro, La Gran Vía. Sin embargo, el poeta se siente desplazado y tiene esa misma impresión que muchos emigrantes notan cuando están alejados mucho tiempo de sus ciudades de origen y regresan a ellas.

“Elegía al dinosaurio” es un canto fúnebre al gran lagarto, pero también es una crítica al poder sin límites. Medita sobre la imagen tradicional que se ha edificado sobre ese animal prehistórico: un ser descomunal e invencible, que no tenía rivales que pudieran competir con él. Su poderío es tan inconmensurable, que termina aniquilándose a sí mismo. Su supremacía lo hace sentirse solo, ya que no tiene con quién comunicarse. En el poema, tal representación viene a ser una metáfora de esos políticos y dictadores que llegan a una posición de autoridad en la que, tarde o temprano, se sienten solos. El dinosaurio concentra en sus manos tanto poder, que ya nadie puede deshacerse de él, y el único modo que tiene de liberarse de su soledad es mediante el suicidio. El dinosaurio se suicida, y su desaparición es su libertad.

En “Wyoming” se lucubra sobre las particularidades geográficas, naturales y geoestratégicas —estas últimas, idóneas para los fines disuasivos nucleares del gobierno en Washington—, que hacen de ese Estado de la Unión un lugar único e irrepetible. Residir durante tantos años allí era algo que ya estaba escrito en la vida del vate. Para bien o para mal, Wyoming es una realidad que está ahí, con la que tendrá que contar siempre. En estos versos no hay sentimientos de desesperación ni de disgusto. Es un reconocimiento final y poético del destino que la vida le tenía reservado. En las estrofas finales, a Carlos Mellizo le entra la tentación de pensar que quizá hubiera sido mejor vivir de otra manera y no abandonar el barrio madrileño de Salamanca donde nació. Pero en seguida abandona esa idea.

“El error de Rousseau” es un breve poema sarcástico acerca de ese ideal filosófico que afirma que los seres humanos fueron originalmente buenos y fiables —máxima que ha sido acogida por muchos en las sociedades democráticas contemporáneas. Sirviéndose de la ironía, Mellizo hace una crítica revisionista de ese ideal rousseauniano y nos presenta una concepción opuesta de la condición humana, según la cual la idea del buen salvaje es tan sólo un mito que carece de fundamento real. Lo que el poeta sugiere es que, de hecho, en el principio de los tiempos los hombres vivieron una existencia triste, cruel y corta. Se exterminaron los unos a los otros. Sólo mediante el proceso impuesto por las exigencias de la civilización, ésta ha ido introduciendo lentas mejoras en la humanidad.

En el poema titulado “Los ejecutivos” se hace patente un movimiento poético de intertextualidad y conexión filosófica con algunas propuestas morales de David Hume, autor muy estudiado por Me-

lizo. Para el pensador escocés, el peor vicio en el que pueden incurrir los hombres es la avaricia en todas sus manifestaciones: en el deseo de acaparar dinero, poder, placeres, etcétera. Este defecto del acaparamiento sin límites se hace evidente en la figura de los ejecutivos de nuestro tiempo. La voz poética representa toda una tipología de personas así, con las que el autor se ve forzado a convivir. La irrupción de estos personajes en el ámbito vital del poeta se manifiesta con mayor intensidad en las grandes ciudades. Es allí donde entra en colisión con ellos: políticos, banqueros, empresarios, gentes que quizá tengan bajo su control naciones enteras, pero que son al mismo tiempo esclavas de su propia ambición. No sería descabellado ver estos personajes representados en la figura de Gordon Gekko, cuando en el film *Wall Street* (1987), de Oliver Stone, afirma en medio de un acalorado discurso: “La codicia es buena”. El personaje (Michael Douglas en la película) es partidario de utilizar esa codicia maquiavélicamente, al considerarla necesaria para el desarrollo del sistema financiero y el mercado de valores estadounidense de los pasados años 80. Una máxima, la suya, que contraviene el pensamiento de Hume y de Mellizo; un principio de la *real politik* que el poeta aporrea sin conmiseración en esta pieza construida sobre un trasfondo de humor y de sarcasmo. En los versos finales, el lector puede ver una alusión directa a la obra del filósofo escocés. A modo de conclusión, la voz poética nos comunica concisamente su sentimiento de repulsión hacia la avaricia, la ambición y la codicia de estos ejecutivos, sin albergar el menor temor o respeto hacia ellos.

“Momento catastrófico” alude a un episodio de depresión mental. Mellizo nos ofrece aquí otra visión poética nihilista en la que nada parece tener sentido. Todo esfuerzo nos resulta inútil en los momentos depresivos. A eso apuntan sus versos. Se trata de un intento por definir lo que puede ser este padecimiento emocional.

En cuanto a “Residencias de ancianos”, no se nos presenta en el poema una crítica contra la institución misma de los asilos. En medio de la tragedia que supone vivir en un lugar de ese tipo, se sugiere la idea de que es lo menos grave que le puede suceder a una persona mayor, menos terrible que la soledad en la propia casa, sin comunicación con nadie. Para el poeta, la llegada de la edad proveyecta es un momento horroroso, condición que se hace más palmaria en estas residencias. En los versos finales concluye el autor su meditación sugiriendo que la muerte es preferible a la vejez. A la hora de elegir sabiamente, cree

que la defunción es más humanitaria y caritativa que prolongar una existencia de quebrantos y achaques, carente de sentido.

Con el soneto titulado “Y del silencio” se cierra la colección. Este poema comunica la idea del silencio como última defensa y salvación. Es la fortaleza final en la que podemos refugiarnos cuando ya no nos es posible decir más cosas. De ahora en adelante la voz poética deberá callar y acogerse a la tutela y protección del silencio. Múltiples voces altisonantes agreden al poeta, y éste, indiferente, opta por el mutismo. A la palabra agitada responde con la nada. Hiere la palabra del otro con una respuesta silenciosa, con una nada hostil sirviéndose de la cual se niega a que abusen más de su integridad.

En la soledad silenciosa de Wyoming, Carlos Mellizo ha construido su vida, y allí, en un retiro apacible y por suerte para nosotros, vieron la luz estos poemas prosaicos que ahora se ofrecen al lector.



*Carlos Mellizo © Foto cortesía Stephan Kroll*